



los condenados al olvido

María Lorenzo Valero

ARTE
JOVEN ²⁰/₂₅

Los condenados al olvido

María Lorenzo Valero

María combina el relato familiar y el histórico en una narración que se complementa y avanza a través de la necesidad del recuerdo.

Jurado del área de letras del Programa Arte Joven 2025

JURADO

DAVID GALÁN (Valladolid, 1986)

Más conocido como Redry. Escritor, maestro de Educación Infantil. Ha publicado cinco libros: «Abrázame los monstruos», «Huir de mí», con el que fue galardonado con el Premio Espasa de Poesía, «No quiero otro invierno sin mí», «Amor revolución» y «Todos los vuelos que perdí por ti». Además, ha publicado un disco con sus textos acompañados de la música de Javier Morales, que se titula «Inviérname».

BORIS ROZAS (Buenos Aires, Argentina, 1972)

Autor de dieciséis poemarios hasta la fecha, entre ellos Ragtime, Invertebrados, Las mujeres que paseaban perros imaginarios, o Annie Hall ya no vive aquí. Es Premio León Felipe, Pilar Fernández Labrador, Francisco de Aldana, Hernán Esquío, Gonzalo Rojas, Nacional Coronio, Manuel Garrido Chamorro, Laguna de Duero, Dueñas, María Eloísa García Lorca, Villa de Ermua, Premio Umbral, La palabra de mi voz, Premio Sarmiento, etc. Reside en Valladolid, España. Rozas es poeta de paisajes urbanos y voces interiores, con banda sonora propia, amante del cine y de cualquier disciplina artística que acerque al hombre a la pura trascendencia. Un posmodernista en plena madurez literaria, con un estilema poético plenamente reconocible y al alcance de todos los públicos.

MATEO MARTÍNEZ MARTIJA (Burgos, 1993)

Escritor, filólogo y profesor de Secundaria. En 2020 se le concedió el XXXIX Premio José Hierro de Relato. Autor de la colección de relatos «Fragmentos de la feria» (2021). «Voces desde el fondo» es su primera novela, publicada con la editorial Milenio. Primer premio narrativa del certamen de Arte Joven de CyL 2023.

Programa de Arte Joven 2025

Edita: Consejería de Familia e Igualdad de Oportunidades (JCYL)

Diseño de portada: Pifa Montgomery

Impreme: Gráficas Salamanca, S.C.L.

Depósito Legal: VA 249-2025

A quienes tomaron mi mano para que no
mirara sola la oscuridad.

«¿Duermes, Aquiles y me tienes olvidado? No me descuidabas mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades»

— *Ilíada, canto XXIII*

Muchos días antes, frente al pelotón de fusilamiento, Rafael Osorio se aferraría con desesperación al último recuerdo que tenía de su hija, a la que ya no tendría oportunidad de ver crecer. ¿Quién le explicaría ahora que su padre no regresaría a casa? ¿Quién la consolaría cuando llorara por él, cuando se despertara en mitad de la noche preguntando dónde estaba? Querría abrazarla. Querría decirle que todo iría bien...

Un tirón por parte del oficial haría que la cuerda se le clavase alrededor de sus muñecas, obligándole a ponerse en marcha. Él sería el primero en una fila de ocho presos: un cura, un guerrillero, un campesino rebelde, un miembro del ejército, un político, un periodista, un sastre y un espía. Todos iguales pero diferentes. Algunos culpables, otros condenados por algo que no habían hecho.

Rafael Osorio era el sastre, y la mañana que vinieron a buscarle, estaba trabajando en un encargo que le había hecho el párroco. La luz del día se derramaba sin piedad por las ventanas abiertas, iluminando la aguja con la que atravesaba el tejido oscuro del hábito clerical.

De vez en cuando, una brisa suave danzaba por la estancia, pero ni siquiera eso evitaba que el sudor le perlara la frente. Jamás recordaba haber vivido una primavera tan calurosa. Se limpió con el dorso de la mano, y tomó el botijo que reposaba sobre un puñado de telas, apiladas en un rincón de su taller. Apenas quedaba agua, y las últimas gotas tardaron en llegar, rodando perezosas por las paredes de barro cocido, dejando tras de sí el rastro amargo de un vino antiguo, hasta morir sobre sus agrietados labios.

—A los novatos, os recuerdo —comenzó un oficial, con un marcado acento francés— que quién erre el tiro tendrá el mismo final que ellos.

Rafael Osorio no entendería aquellas palabras. En cambio, sí recordaría las gotas de agua, pequeñas pero redondas, y pensaría que la vida no era más que eso, un puñado de instantes diminutos que, aunque parezcan insignificantes, van cayendo unos sobre otros, llenando el alma de una extraña y silenciosa plenitud.

—Pelotón: carguen.

También guardaría en su memoria lo que ocurrió después; el odio que bullía en los ojos de su hermano, los soldados de uniforme napoleónico que le acompañaban y el dedo acusatorio que, como una sentencia, se alzó hacia él.

—¡Apunten!

José Celda levantó la mirada; la boca oscura del rifle que le esperaba, el temblor del soldado que le apuntaba y la duda que no era capaz de esconder tras sus gruesas gafas.

Vio también su casa. Vio a su mujer preocupada por su tardanza. Vio a su hija esperando su llegada.

—¡Fuego!

Entonces, tan solo vio oscuridad.

Antonia se despierta sobresaltada, arrancada de un sueño angustioso y se incorpora en la cama. El corazón golpea sus costillas con urgencia, como si intuyera un peligro al acecho que ella todavía no percibe. No necesita escuchar el tañido que dejará escapar dentro de poco la campana de la iglesia para saber qué hora es. Desde hace varias lunas, se despierta siempre en ese frágil instante: el remiendo entre la noche y el amanecer.

Sus padres solían referirse a ese lapsus de tiempo como una bur-
la macabra a la hora sagrada en la que Jesús murió en la cruz. Un
momento propicio para que las sombras cobraran vida y los espíri-
tus malignos vagaran libres.

Antonia, sin embargo, no cree en esas patrañas.

Tantea con los dedos la pequeña mesilla que descansa junto a la
cama y piensa, al dar con la Biblia de su padre, que si no la ha arro-
jado al olvido todavía es porque teme, quizás, despertar la inquietud
de los muertos. Encuentra el pomo. El cajón chirría al abrirse. Ella
se incorpora despacio; la manta, cargada de remiendos, se retuerce
como una serpiente inquieta alrededor de sus pies. El calor es inso-
portable esta noche. Se le adhiere al cuerpo, como una segunda piel.

Antonia sabe que ha llegado el momento, que debería apurarse.
Pero también intuye, con una certeza que le arde en el pecho, que
esta noche podría ser la última. Bucea con los dedos entre todos los
encajes que bordó su madre, hasta encontrar el sobre. Lo abre des-
pacio, acercándolo al rostro, inhalando el tenue aroma que sobrevive
al papel. Apenas logra recordar la voz de su padre, pero las palabras
están ahí, tan nítidas como el día en que se las leyó por primera vez:

*«Por mandato ineludible, y a causa de compromisos no honrados,
se notifica a los moradores de esta vivienda que en breve se procederá al
inventario y retiro de aquellos bienes que correspondan a la satisfacción
de la deuda contraída. La selección de los objetos será ejecutada confor-
me a lo estipulado, sin lugar a réplica ni demora».*

Antonia desliza el sobre bajo su ropa, cerca del corazón. Si la
muerte viene esta noche a buscarla, que la encuentre con él.

La noche se consume con una lentitud agonizante, como la vieja
vela que agoniza a los pies de su jergón y la muchacha no parece dis-
puesta a dejarse vencer por el sueño. Ovillada en un rincón, sus ojos
navegan ávidos entre las páginas del libro. Se trata de *«Confesiones»*
de San Agustín.

Apenas han transcurrido dos semanas desde que comenzó a estudiar latín y ya lo maneja con una destreza que roza la perfección. Es capaz de distinguir relaciones gramaticales intrincadas, desentrañar formas verbales compuestas y traducir textos complejos con una precisión envidiable. No se limita a comprender el significado: adapta cada frase a distintos contextos, desentraña metáforas ocultas, referencias sutiles y dobles sentidos, como quien hurga en las raíces de un lenguaje que todavía sigue vivo y que se niega a desaparecer.

Y es que Lucía atesora en su memoria todo lo que ha vivido. Recuerda el día en el que el mundo la recibió, las manos empapadas de sudor de su madre cuando la abrazó y la sonrisa radiante de su abuelo al entrar en la habitación. También recuerda, con igual claridad, los rostros de los dos hombres que, hace apenas unos días, le arrebataron la vida. No por la brutalidad de su violencia, sino por la cruel apatía que enturbiaba sus ojos, por la forma en el que sus balas se llevaron el último aliento de un hombre que, con las manos aún impregnadas de tiza, defendió con fervor la libertad del pueblo.

Acaricia con las yemas de los dedos cada letra que lee, mientras piensa que no debe quedarle mucho para acabar. Ha de devolverlo a la sacristía antes del amanecer, o Don Ramón notará su ausencia. El párroco siempre se muestra generoso al ofrecerle los libros que le pide. Sin embargo, cuando le preguntó por este, la sonrisa que solía iluminar su rostro se quebró, y fue reemplazada por una mueca y un par de excusas que salieron a borbotones de su garganta.

El cura tiene miedo. Lucía lo sabe. Pero todavía no ha descubierto por qué.

Este libro sólo parece encerrar reflexiones teológicas y autobiográficas, de gran influencia para el cristianismo. ¿Querría el autor dar a entender algo más? La muchacha no lo comprende. Le escuecen los ojos. La luz titila y se debilita, como una flor que se pliega sobre sí misma, protegiendo sus pétalos al augurio de una última helada.

A pesar de todo, se esfuerza por leer más rápido. La urgencia de llegar a otro lugar antes del amanecer la acecha desde las sombras. Reprimiendo un bostezo, pasa la página.

Entonces, un sobre cae del libro, y se desliza hasta llegar al suelo.

En lo alto del campanario se perfila una sombra. Quizás nadie la nota, pues la noche ha caído hace varias horas. Pero incluso si alguien lo hiciera, un borracho, tal vez, no lo recordaría. Si, por el contrario, estuviera sobrio, pensaría que su mente le está jugando una mala pasada. No hay forma de subir hasta allí arriba. Y, sin embargo, alguien lo ha conseguido. Se trata de Don Ramón.

Sus labios dejan escapar un quejido mientras se aferra al muro resbaladizo. Sobre su cabeza, las estrellas centellean como cristales rotos sobre un firmamento que respira en silencio y le observa. La herida que tiene en la pierna arde con una indiferencia que le parece propia del mundo. Sabe que debería limpiarla, la infección no tardará en llegar. Y sin embargo, no lo hace. Cree que se lo merece. Le gusta pensar que esa grieta, más que un daño superficial, es una metáfora de todo lo que esconde en su interior: una mentira que finalmente ha hallado la forma de escapar.

Y es que Don Ramón no es una persona común. Es un cura que no cree en Dios.

Escucha disparos en la lejanía y baja la mirada. Ante sus pies, el vacío abre sus fauces oscuras. Don Ramón deja escapar un suspiro. Sus pensamientos dan vueltas y más vueltas, replegándose sobre sí mismos. Dentro de poco, tendrá que regresar al trabajo. Una risa amarga brota desde su pecho. Le aterra su finitud, el peso de la vida sobre sus hombros y la certeza de que también él se dirige hacia la nada.

Aunque ya no sepa en qué creer, lanza una súplica. Y tal vez, esta sea la última. Porque si alguien descubre lo que está haciendo, lo matarán. ¿Podrá descubrir entonces la verdad?

El latido seco y rítmico de la tierra al desgarrarse rompe en pequeñas esquirlas el inquietante silencio que reina entre las lápidas. Sombrías y desgastadas, se alzan torcidas entre la maleza, algunas apenas legibles, otras inclinadas, luchando contra el musgo que crece a sus pies, y que, lentamente trepa por su superficie, como las garras de una enfermedad apoderándose poco a poco de un cuerpo que no le pertenece.

Aquel crujido sordo, apenas un gemido distante, sigue sonando hasta que, de pronto, se detiene. Ahora se escuchan pasos y del fondo del cementerio, allí donde la oscuridad se vuelve más profunda, aparece un hombre. Las sombras que le rodean se alejan recelosas del tenue resplandor de su candil. Apenas se vislumbra su rostro bajo los pliegues de un trapo que le cubre la cara. Sin embargo, su pierna le delata. Esa pierna que arrastra tras él como un lastre, como si ya no formase parte de su cuerpo, dejando una senda irregular sobre el riachuelo de color ambarino que se desliza por el suelo que pisa.

El hombre sale a la calle y, tras unos instantes, regresa con otro cadáver. Cuando pasa a su lado, se detiene.

—¿Usted tampoco va a ayudarme? —le pregunta con hastío.

Rafael Osorio está tan sorprendido que no sabe qué responderle. Así que no le responde. El otro niega con la cabeza y el cuerpo sin vida se tambalea entre sus brazos. Le toma unos instantes encontrar el equilibrio. Luego continúa su camino maldiciendo entre dientes.

—Cargan sus quejas como si fueran cruces, pero rara vez extienden la mano para aligerar el peso ajeno.

El candil ahora descansa a un lado del camino. Su luz titila y, a medida que el hombre se aleja, desaparece y reaparece, emite destellos fugaces que reptan entre las cruces que coronan algunas lápidas. Rafael repara en ellas por primera vez y piensa que parecen dedos retorcidos señalando al cielo, rogando piedad.

Entonces, se vuelven a escuchar unos pasos. Sin embargo, ya no se trata del hombre de la pierna herida. Y Rafael se esconde tras la estatua de un ángel al ver que son dos soldados. Avanzan con paso

firme y marcado, sus fusiles cruzados sobre sus pechos, las cartucheras colgando a sus costados. Siguen el riachuelo de sangre y el azul oscuro que tiñe sus uniformes se desdibuja en la penumbra.

Rafael se alisa la chaqueta, la estira. Cuenta los botones que adornan los dobladillos de las mangas.

Uno.

Dos.

Y tres.

Entonces se levanta. Y se da cuenta, horrorizado, de la expresión que tiene la escultura en la que se ha apoyado. La Virgen le contempla, erosionada y carcomida por el tiempo, con sus ojos vacíos y el rostro deformado.

Se tambalea hacia atrás mientras un grito trepa por su garganta, pero consigue encerrarlo tras sus labios y, en su lugar, suelta un jadeo ahogado. Cuando logra recomponerse y alejar la mirada de aquella mujer, se apresura en seguir a los soldados.

El aire llega en ráfagas frescas, preñadas del olor a tierra y cera, pero Rafael apenas siente frío. Contempla a lo lejos la figura de un enorme ciprés que se mece de un lado a otro con el viento. Sus retorcidas ramas se yerguen hacia un cielo cada vez más oscuro, salpicado por jirones de nubes tras los que acecha la luna llena.

—¿Necesi...necesité más? —La lengua de uno de los soldados se enreda y desenreda. Sacude la cabeza y señala el saco de cal—
¿Más... tierra?

—No, señores. Todavía dispongo de lo necesario.

—¡Pues... rápido! Esto... estar hecho... mañana, ¡por la mañana! Fusi... fusila, ¡se fusila!

Su compañero saca la escopeta y emula un disparo. A Rafael se le revuelven las tripas. Pero el enterrador aguarda con su semblante de piedra. Si le ha incomodado el gesto, no lo demuestra.

—Por supuesto. No tardaré.

Los soldados, satisfechos con su respuesta, se dan la vuelta. Rafael, se apresura a agacharse tras una lápida, y los contempla desaparecer.

«Mañana por la mañana...» repite para sus adentros.

De pronto, el sonido de la tierra al caer le saca de su ensimismamiento. El hombre se ha dado la vuelta, y Rafael no puede verlo desde su posición, así que, tratando de hacer el menor ruido, camina sigiloso, rodeando el cementerio, y se esconde ahora tras un olmo enfermo. Sus raíces se retuercen como arterias, buscando en vano un aliento en la tierra reseca, mientras sus hojas se precipitan, pálidas y temblorosas, hasta llegar al suelo.

Desde allí, puede ver que el hombre ha tomado una pala, y con movimientos torpes y descontrolados, lanza montones de tierra a la fosa que se abre bajo sus pies.

Sin embargo, no es la acción en sí lo que le roba el aliento, sino el instante preciso en que alza el rostro hacia el cielo, aparta el trapo y aspira una bocanada de aire.

Rafael lo reconoce.

Es el cura.

¿Qué le ha sucedido en la pierna?

Rafael cree que aquella mañana que le entregó la sotana, andaba con normalidad.

Tampoco podría jurarlo, porque apareció en la sastrería tan rápido cómo desapareció.

Don Ramón es un tipo pálido y escuálido, de brazos larguiruchos y nariz prominente. Todos en el pueblo conocen su obsesión por las lenguas muertas, las historias antiguas y ese eterno afán por desentrañar el sentido de la existencia. Sus intereses quedan reflejados en los lomos desgastados de los libros que siempre lleva consigo, tan inseparables como su evidente torpeza. Últimamente, dicen las malas lenguas, se comporta de un modo inquietante, como si un velo

de rareza lo envolviera. Para Rafael, sin embargo, siempre ha sido un buen hombre. Extraño, sí, pero un buen hombre, al fin y al cabo.

¿Cómo habrá acabado de sepulturero? ¿Habrá sucedido algo en la iglesia?

—Don Ramón —murmura alguien—. Don Ramón...

El cura detiene su labor de repente, como un muñeco de madera al que se le hubiese agotado la cuerda. Sus ojos oscilan de un lado a otro. Rafael retrocede y se oculta entre las sombras. Desde allí, contempla al hombre que se aleja por el camino de piedra, arrastrando la pierna. Durante unos instantes, el mundo contiene el aliento. El sastre agudiza el oído. Un murmullo se desliza entre las sombras, tenue como el susurro de las hojas, o quizá se trate de una cadencia de palabras que la distancia desdibuja.

De pronto, el cura vuelve a aparecer por el camino. Pero no regresa solo. Detrás de él, se divisan dos figuras. Rafael entrecierra los ojos, sin embargo, todavía están lejos, y envueltos del velo de penumbra, no consigue ver nada. Aunque a medida que las voces se acercan, sus ecos se tornan más claros.

Su corazón comienza a galopar cada vez más deprisa, golpe tras golpe, como si quisiera escapar de su pecho. Se trata de una voz de mujer.

Con cautela, se desliza entre los desgarrados abetos y por el tono de las voces, afilado y cortante, deduce que se trata de una discusión: «¡No me vengas con esas, Don Ramón! Esto se hará. No se hable más».

Las voces se aproximan al escondite del sastre, y por un instante, Rafael contiene la respiración. El silencio se dilata, pesado e inquietante, durante unos instantes que parecen eternos. Finalmente, las pisadas comienzan a alejarse. Solo entonces, cuando está plenamente seguro de que el peligro ha pasado, deja escapar el aire que mantenía atrapado en los pulmones. Con cautela, asoma la cabeza tras los árboles.

Pero lo que sus ojos encuentran lo deja sin aliento. La luna, liberándose del abrazo grisáceo de las nubes, derrama su pálida luz sobre el rostro de las dos figuras que acompañan a Don Ramón. Son una anciana y una joven.

La primera se inclina sobre los cadáveres y, con un paño humedecido, limpia sus rostros. No deja de murmurar y cada cierto tiempo, sumerge el trapo en un cubo y vuelve a retomar su labor. La segunda, por el contrario, guarda un silencio casi absoluto. Se limita a apuntar lo que le dice el cura en un cartapacio.

Rafael no lo comprende. ¿Qué hacen esas mujeres allí, en medio de la noche, rodeadas de muerte?

Antes de pensar en lo que está haciendo, sus pies rehacen el camino, guiados por un instinto que lo lleva de regreso al olmo seco.

Camina con sigilo, cada paso es nota muda en el concierto de su cautela, con los ojos siempre fijos en las tres figuras. Pero una pequeña piedra le espera a pocos metros. Tropieza con ella y el suelo lo reclama con un golpe seco. La cabeza de la anciana vuela hacia él. Rafael, tendido en el suelo, respira con rapidez, sus ojos siguiendo a la mujer, que permanece inmóvil. Sin embargo, no pasa nada. La anciana llama a la muchacha, quien, con una suavidad que parece costumbre, le tiende la mano para ayudarla a llegar hasta el siguiente hombre.

Rafael observa sus manos, arrugadas como hojas secas, que siempre lleva extendidas por delante de ella. Se fija en cómo acaricia el aire con las yemas de los dedos, como si buscara trazar un camino invisible, conocerlo todo, adivinar si es seguro, descubrir qué es lo que se oculta debajo de las capas de lo cotidiano.

Rafael cae entonces en la cuenta. Por eso no le ha visto. La anciana es ciega.

—Me han dicho que mañana van a fusilar.

La anciana deja escapar un suspiro.

—En el parque de San Benito, a la hora en que canta el gallo. El general Riego estará al frente. Son cinco hombres. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. También estará el señor alcalde. —Los otros alzaron la cabeza—. Han intentado detenerlos... mas no ha habido manera.

El silencio que siguió fue denso, casi insoportable, hasta que la anciana añadió:

—De todos modos, los guerrilleros andan cerca. Dicen que darán otro golpe mañana, que intentarán, aunque sea a costa de sus vidas, evitar la tragedia. Pobres muchachos...

El cura sacudió la cabeza.

—Bendito sea Dios por haberte dado a un padre que te enseñó francés, Antonia.

—Ya lo sabes, Ramón. La gente tiende a subestimar a los viejos —ella esbozó una sonrisa—. Más aún si están ciegos y tienen la osadía de fingirse locos.

Los tres continúan con su labor, sumidos en una apacible quietud, solo fragmentada por el crujir de la tierra y los murmullos de la anciana.

Cuando todos los hombres han quedado arreglados, el párroco se encamina hacia una construcción apartada. Con las manos temblorosas, rebusca la llave entre los pliegues de su sotana. En el proceso, un crucifijo cae de uno de sus bolsillos y tintinea suavemente contra las piedras del suelo. El cura lo mira por un momento, como si vacilara entre recogerlo o dejarlo allí, abandonado. Finalmente, opta por lo segundo. Abre la puerta y se adentra en la penumbra, para emerger de nuevo con una escalera de madera.

—Me gustaría aprender francés —y su voz es apenas un rumor que se mezcla con el crujido de las hojas y el peso de los cuerpos deslizándose bajo sus manos hacia el fondo de la fosa.

—No te preocupes, cielo. —La mujer sonríe con dulzura mientras la ayuda—. Yo te enseñaré.

El cura apoya la escalera contra el borde del hoyo y, sin dudar, comienza a descender.

Rafael no descubrirá nunca por qué lo hacen. Tampoco escuchará las preguntas que laten en el pecho de cada uno de ellos.

La anciana se pregunta qué consuelo puede ofrecer aquel Dios en el que creían sus padres, que guarda silencio entre tanto sufrimiento. El cura duda si la fe no será, en realidad, una venda piadosa para todos aquellos que temen mirar la oscuridad. La muchacha se aferra a una esperanza: si el mito griego es cierto, que todos aquellos hombres, condenados al olvido, encuentren consuelo eterno ahora que alguien los ha recordado.

—Sólo me queda él —susurra Lucía, y su voz es tan suave y está tan desdibujada, que Rafael comienza a confundirla con los pensamientos que flotan en su mente—. ¿Cómo se llamaba?

—Rafael —murmura el cura —Se llamaba Rafael.

Mientras aquel hombre acomoda su cuerpo inerte, el sastre siente cómo la paz brota desde su pecho y como un río sereno, anega cada rincón de su alma.

El cura toma un pequeño papel, escribe su nombre, y lo enrolla con cuidado antes de ocultarlo en un diminuto frasco que guarda entre los pliegues de su chaqueta. Sólo entonces, algo cambia. Y Rafael siente que se eleva, se eleva más allá de lo imaginable, hacia un lugar que ningún mortal podrá alcanzar jamás.



los condenados al olvido

María Lorenzo Valero

He aquí la historia de un sastre muerto, cuya sangre inocente mancha la tierra; de una anciana ciega que oculta una misiva entre sus ropas; de una joven que atesora en su memoria todo lo vivido; de un cura que guarda un terrible secreto. Cuatro vidas entrelazadas por el destino, enfrentadas a una única decisión: ¿salvarles o dejarles morir en el olvido?